

## UN POEMA DE JOSÉ LUIS TEJADA: “Consolación por la carne”

“La carne mutua es verdadera”. ¿La carne? ¿y el alma? José Luis Tejada es un poeta religioso, pero sabe muy bien que la poesía nace desde la realidad: su reino sí es de este mundo. Y el amor no existe: es un sentimiento individual que cada uno experimenta a su manera. Por eso, que “no nos hablen de amor...”. La vida es una enfermedad de cuyo sufrimiento hay que consolarse. Consolar es aliviar. Consolación es solación-con y solación es solaz, placer. En la consolación el alivio y el placer van de consuno.

Consolación –nombre de mujer-, con gesto ligeramente frívolo, en costumbrismo andaluz (teatro de los Quintero) es alegría de haber nacido. Pero haber nacido no es una alegría, sino una pena (Calderón) y sobre ella pende la famosa espada de Damocles.

Al titular José Luis Tejada así este poema –y algunos otros del mismo libro: Razón de ser- ¿no querría traer a nuestra memoria -y a la suya- el texto de Torcuato Severino Boécio? Porque la consolación por la filosofía contrasta bienes mudables y bienes eternos y la composición poética que nos ocupa enfrente el amor carnal – de pasión erótica y el amor espiritual- del que duda o, al menos, se aparta- ¿Puede más el del cuerpo? Puede. Para los albigenses el alma es creada por Dios, en tanto que el cuerpo es creación diabólica. Algunos poetas creen lo mismo; se me ocurre pensar que quizá Cernuda anduviera por ahí. Pero otra concomitancia cernudiana creo vislumbrar. El autor de La realidad y el deseo llegó a decir: “qué ruido más triste hacen dos cuerpos cuando se aman”. José Luis Tejada, invocando la carne en el verso con el cual me permití comenzar estas líneas, parece replicar al sevillano: “no es cierto que sea triste”. Y aún agrega: “ni que amargue” [...] “ni queda otro regusto tras el beso / sino el de reempezar”. Y con esto último se me antoja una reacción antikierkegaardiana. Tras el acto sexual no hay que esperar “que venga qué amor a sostenernos”. Ni la muerte es redentora, sino algo de lo que debemos intentar salvarnos: “no nos llegue a rozar”.

Amor del cuerpo. Amor del alma. Pero: ¿y si el cuerpo y el alma forman una misma cosa?. Cuerpo y alma constituyen la unidad del ser humano. Materia única, para algunos espiritualizada. Ni José Luis quiere en este poema sobrepasar tal cuestión ni yo quiero salirme de este poema. Es un poema fundamental, medular, Medular -diría yo, en el doble sentido real y figurado-. Pesa mucho en el conjunto de la corriente erótica de Tejada. De su contenido ya se ha ocupado, con pormenor y talento, Emilio Miró, en una preciosa conferencia actualmente recogida en el volumen editado por Ana Sofía Pérez Bustamante: Ayuntamiento de El Puerto, año 2000, pagg. 113-130. Personalmente, me permití unos previos comentarios en el prólogo de Poemía (Universidad de Cádiz. 1.985). Hermoso y estremecedor poema escrito desde el presente y desde la certeza: no hay futuro, todo es ahora. Vivimos cada instante y ese instante es la eternidad:

este terneros de hoy es nuestro todo

.....

enterremos en huertos de presente  
estas verdes adelfas

Por otra parte su realismo llega al desgarrar: la carne suda, pesa, se estremece... Esto es: en el abrazo se asumen incluso las miserias corporales. Un esbozo animal se yergue al fondo:

Hoy somos sólo un pulpo de ocho miembros  
que raramente un tajo divino escindiría

Allá en el Paraíso, aquel primer abrazo ¿nos hizo como dioses? . ¿El abrazo sexual ni Dios lo escinde?. Un poema realista y erótico nos plantea un problema teológico. Los idealismos, los sueños espirituales son dudosos:

Será mentira tu palabra,  
no será cierta tu sonrisa.  
Mi sueño o tu memoria  
tu ayer o mi mañana,  
podrán vagar por tantos otros reinos  
bajo qué otras banderas, cada cual por su olvido  
o mascando la propia soledad

.....

pero esto si es verdad

Insistencia y convicción: la carne es la única verdad, y si en este acto hay algo “sagrado es tu sexo”. La vida – esta vida que vivimos, de la que somos protagonistas- es la que nos sostiene y sostiene la especie, lo demás poco vale. Contamos con lo táctil, lo acogido a los cinco sentidos:

es bueno y natural que tu y yo ahora,  
amiga de mis ojos y mis manos,  
nos empapemos hasta los meollos  
de los huesos en esta salsa calda  
de darnos y gozarnos cuerpo a cuerpo  
sin tela en medio...

Sí. Semejante amor es plenamente real. Lo demás flota en bruma, en sombra, en sueño. Tajante afirmación poética.

Cincuenta y siete versos componen tan singular poema. Aquí sí que el amor es eterno mientras dura (lo decía otro gran poeta). Mientras dura el lapso del estremecimiento, y en tan breve pausa cabe toda la historia de la humanidad.

Estadísticamente de los 57 versos, 31 son endecasílabos, 13 alejandrinos, 11 heptasílabos y 2 eneasílabos. Versos sin rima, pero – como se ve- de buen ritmo. Podríamos llamar al poema silva de versos blancos. Conocido es el dominio de la forma que poseía José Luis Tejada y notoria su buena formación clásica.

El vocabulario es realista y directo. Algunas, pocas, palabras exceden de una comprensión sencilla. Meollos en vez de médula; calda en lugar de húmeda y caliente; calino para adjetivar el viento denso y que arrastra cal.

La simbología es escasa. Símbolo evidente el del vellocino, objeto ansiado por los argonautas y atribuido en el poema el sexo femenino.

Abrazo frontal de la pareja humana y versión eterna de un amor que implica fusión física vehemente, con trascendencia en su mismo arrebato. ¿El amor es amar o ser amado? . Es dilema con el cual se inicia el poema.

Antecedentes de este poema podían verse en algunos de los poemas últimos de Miguel Hernández, aunque Miguel dio presencia al valor de la procreación; Tejada se centra en el hedonismo.

Con todo, hay una vislumbre ascética en este texto. Mediante la fórmula de negar lo que no es, el poeta se duele del desamor, de la mentira, de la conducta hipócrita, de la soledad. Le amarga la duda de ser vencedor o vencido. Así, entre el hedonismo y la ascética, entre los epicúreos y los estoicos, la filosofía de José Luis Tejada busca la consolación por una verdad tangible. Hace dejación de su riqueza retórica – tan brillante a veces- y escribe sin ambages. ¿Es la carne la única verdad?. Y el poema fluye blanco, hermoso y desconcertante.

LEOPOLODO DE LUIS.